



ROBERT SCHUMAN
INSTITUTO DE ESTUDIOS EUROPEOS
UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

CUADERNOS DE ESTUDIOS EUROPEOS, NÚM. 1

Política e identidad cristiana en los
padres fundadores” de la Unión Europea

Paloma García Picazo

- Fomentar y desarrollar el pensamiento en el ámbito de la integración europea, el derecho internacional y las relaciones internacionales.
- Ofrecer formación a investigadores mediante la organización de programas de formación para postgraduados, doctorado, organización de prácticas y becas.
- Realizar actividades académicas y culturales de todo tipo en torno a la actualidad europea.
- Realizar publicaciones periódicas y monográficas para la difusión del debate social sobre el futuro de la Unión Europea
- Ofrecer a otras universidades e instituciones iberoamericanas un servicio permanente de información, consulta y documentación sobre temas europeos a través de la red de información REDECA.

Paloma García Picazo

Cuadernos de Estudios Europeos
núm. 1

**POLÍTICA E IDENTIDAD
CRISTIANA EN LOS
«PADRES FUNDADORES»
DE LA UNIÓN EUROPEA**



ROBERT SCHUMAN
INSTITUTO DE ESTUDIOS EUROPEOS
UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA



**UNIVERSIDAD
FRANCISCO DE VITORIA**
VINCE IN BONO MALUM

MADRID, 2008

Reservados todos los derechos. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático.

© De las fotos: European Communities.

© 2008 Instituto Robert Schuman de Estudios Europeos
de la Universidad Francisco de Vitoria.
www.ufv.es

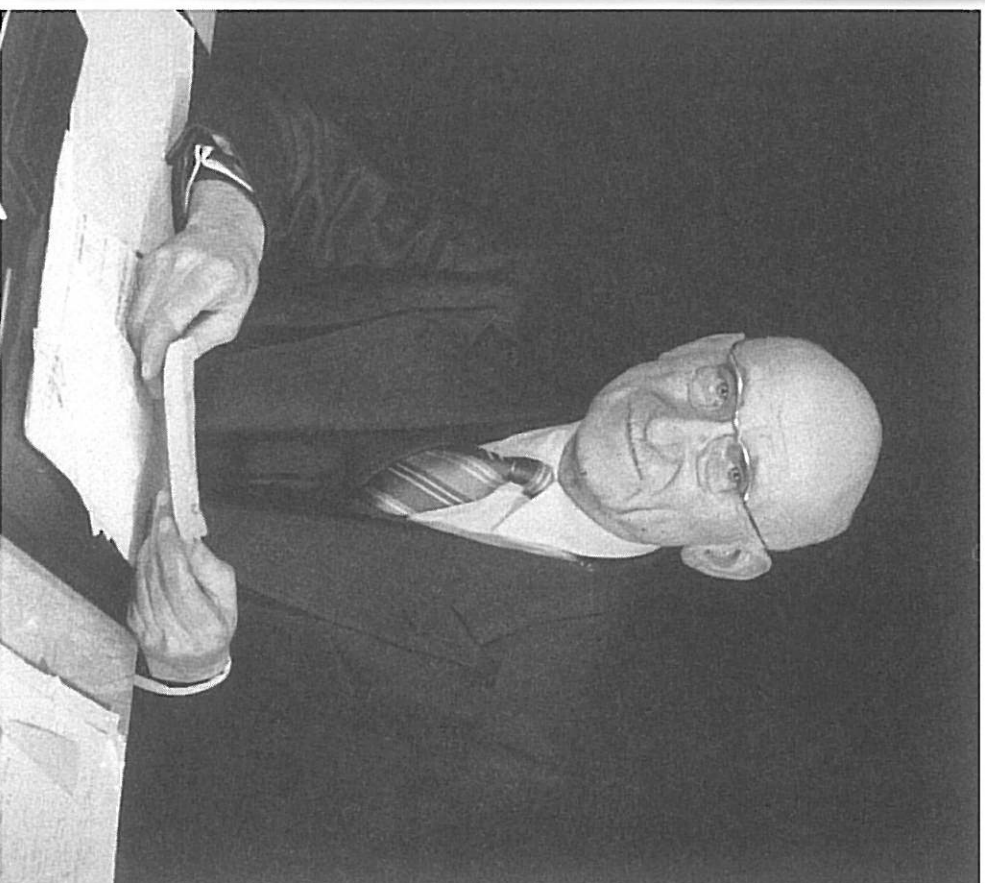
Edita: Instituto Robert Schuman de Estudios Europeos
de la Universidad Francisco de Vitoria

Imprime: Gráficas Arias Montano, S. A.
28935 MÓSTOLES (Madrid)

ISBN: 978-84-89552-39-5
Depósito legal: M. 49.935-2008

Pedidos: Universidad Francisco de Vitoria. Publicaciones.

Madrid, 2008



ÍNDICE

Páginas

PRESENTACIÓN DEL RECTOR, Daniel Sada Castaño.....	11
--	----

POLÍTICA E IDENTIDAD CRISTIANA EN LOS «PADRES FUNDADORES» DE LA UNIÓN EUROPEA, Paloma García Picazo.....	17
--	----

1. EUROPA ANTE SÍ MISMA: LA CONCIENCIA EURO- PEA	21
2. LA CRISIS DE LA CONCIENCIA EUROPEA EN EL CAMBIO DEL SIGLO XIX AL XX	25
3. «EUROPA, AÑO CERO»: CUATRO HOMBRÉS, ¿PRO- VIDENCIALES?	35
4. PASO A PASO POR LA SENDA EUROPEA	43
5. LA SALVACIÓN DE EUROPA	47
6. UNA IDEA CRISTIANA DE EUROPA: FRATERNI- DAD DE LOS CRISTIANOS, FRATERNIDAD DE LOS EUROPEOS	51

BIBLIOGRAFÍA CITADA Y UTILIZADA.....	57
--------------------------------------	----

**PRESENTACIÓN
DEL RECTOR**

La presente monografía inaugura la serie de *Cuadernos de Estudios Europeos* publicada por el Instituto Robert Schuman de Estudios Europeos de la Universidad Francisco de Vitoria. En estos Cuadernos pretendemos recoger las conferencias pronunciadas en nuestro Instituto por especialistas de reconocido prestigio, así como los debates suscitados entre la comunidad universitaria sobre temas relacionados con la Unión Europea.

De acuerdo a la identidad católica de la Universidad, hemos querido profundizar, en este primer ciclo de conferencias, en la aportación del cristianismo a la construcción de la Unión Europea. Y en este sentido consideramos que no es una casualidad que tres de los cuatro «padres fundadores» de la entonces Comunidad Europea fueran católicos convencidos.

La titular de Relaciones Internacionales de la UNED, Paloma García Picazo ilustra magníficamente el paralelismo de las vidas de estos «padres fundadores»: todos ellos hombres políticos, hombres de acción, hombres de frontera, sobre todo, hombres comprometidos con la con-

secución del objetivo político más elevado: *el bien común*, de Europa y los europeos.

Sin un conocimiento profundo de las motivaciones que llevaron a emprender este proyecto común, con un olvido clamoroso de la visión de estos grandes personajes de nuestra historia reciente, la Unión Europea titubea y no acaba de acertar el rumbo.

Pretendemos con esta publicación, y con las siguientes de este ciclo, arrojar algo de luz, descubrir la aportación de la Iglesia a la construcción de la Unión Europea, especialmente la de Juan Pablo II y Benedicto XVI, e interpelar a nuestros lectores a comprometerse con su futuro.

A propósito de la mención de las raíces cristianas de Europa en la Constitución Europea, el profesor Joseph H.H. Weiler decía que si Europa no se autodefine como cristiana es en gran medida por el silencio y de los propios cristianos, silencio que le resulta «muy sorprendente, dado que un amplio número de intelectuales, de políticos... se profesan cristianos».

«El pensamiento cristiano y la integración europea parecen moverse en dos esferas que se excluyen mutuamente. El cristianismo no entra en el campo visual de la integración europea, y Europa, por lo que parece, no entra de ninguna forma significativa en el campo visual cristiano.»¹

El Instituto Robert Schuman de Estudios Europeos, con colaboraciones tan valiosas como la de la profesora García Picazo, pretende contribuir a romper este distancia-

miento, y a que los intelectuales cristianos aportemos mucho la construcción europea. Esta misión convierte a nuestro centro, no en un Instituto más de Estudios Europeos sino en un Instituto que enraíza directamente con el pensamiento y el espíritu innovador y humanista del dominio español que da nombre a esta Universidad.

DANIEL SADA CASTAÑO

Director del Instituto Robert Schuman
de Estudios Europeos

Rector de la Universidad Francisco de Vitoria

¹ WELLER, Joseph H.H., Una Europa cristiana. Ensayo exploratorio, ed. Encuentro, Madrid 2003.

**POLÍTICA E IDENTIDAD
CRISTIANA EN LOS
«PADRES FUNDADORES»
DE LA UNIÓN EUROPEA**

«Empero, si aquellos que profesando la religión verdadera, vienen reamente, y por añadidura poseen el arte de gobernar los pueblos y por la divina misericordia alcanzan esa efectividad, no puede haber ventura mayor a la sociedad humana. Tales varones de excepción, atribuyen todas cuantas virtudes puedan atesorar en esta vida a la dadivosa gracia de Dios, que las concedió a quienes las quisieron, creyeron y pidieron...».

SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, 2.ª edición, Volumen II, Libro V, 19, 8, p. [179].

1. EUROPA ANTE SÍ MISMA: LA CONCIENCIA EUROPEA

Dos consideraciones preliminares preceden a este escrito. La primera concierne a lo que podríamos metaforizar en este caso como la relación entre «hagiografía» y política. Su oportunidad se deriva del hecho de que a dos de los denominados «padres fundadores» de la Europa unida —Robert Schuman y Alcide de Gasperi— les afectan sendos procesos de beatificación. Los márgenes del presente texto no admiten entrar en las determinaciones particulares de causa tan compleja. Lo único que se desea subrayar es que el cristianismo define, en origen, su relación con el poder y la actuación políticos en un sentido preciso. El primer principio es la exhortación evangélica de Mateo «A Dios lo que es de Dios...» (Mt. 22, 21), fundamento de la secular separación entre la Iglesia y el Estado como instituciones.² El segundo se contiene en la doctrina epistolar de san Pablo (Romanos, 13) y de san Pedro (Epístola 1 y 2, 13-17). Desde esta base, las figuras de los «padres fundadores» de la Europa unida se revelan con una luz singular, comprensible tanto para creyentes como para indiferentes, toda vez que la Historia europea muestra otros ejemplos de santificación de personajes políticos —Constantino el Grande, Carlomagno— que, considerados con una perspectiva crítica, no resisten igualmente bien un análisis dentro de unas coordenadas cristianas de índole superior o más allá de la *dóxa*.

² CARLOS CORREA, SJ, *La relación entre la Iglesia y la comunidad política*, Madrid, BAC, 2003, pp. 39-77.

La segunda consideración advierte acerca del sentido de un escrito como éste, proyectado para el ámbito universitario del siglo XXI. El propio hecho de acometerlo implica una reflexión crítica sobre algunas de las condiciones de la propia sociedad de la información o de la comunicación, en donde la pléthora textual y documental hace aún más necesario un escrutinio que espigue y transmita lo sustantivo. La vida y las obras, los dichos y los hechos de los «padres fundadores» de la Europa unida tienen tal caja de resonancia en *internet* y en multitud de medios institucionales, editoriales, sociales y políticos —del más variado signo—, que cualquier acercamiento a ellos puede resultar confuso y derivar hacia lo arbitrario. Redundancias, anecdotarios —de los que es poco menos que imposible averiguar su condición de apócrifos—, semblanzas melosas o interesadas, recopilaciones de discursos y textos que son de circunstancias entremezclados con otros de verdadera entidad... abundan con desmesura en torno a estas figuras; de ahí que a menudo su grandeza se ve paradójicamente empuñada por lo que me atrevo a calificar de una cierta «hojarasca» informativa. Lo que las reflexiones siguientes intentarán transmitir es un acercamiento a la dimensión, por así decirlo, «providencial» de estos cuatro hombres situados en su difícilísimo contexto histórico, en el sentido de una tentativa hermenéutica que desvele la singular conjunción de sus vidas y quehaceres con el logro del objetivo político más elevado: la consecución de ese fin superior que es el *bien común*, de Europa y los europeos en este caso.

Queda, por fin, situar la inspiración que preside la concepción de este escrito bajo la guía de los santos patronos de Europa. San Benito de Nursia, por lo que concierne al Occidente latino, y los santos Cirilo y Metodio, evangelizadores del Oriente eslavo, se acompañan de tres santas, declaradas protectoras de la Europa cristiana: santa Brígida de Suecia, santa Catalina de Siena y santa Teresa Benedicta de la Cruz, que, en el mundo, fue la filósofa Edith Stein.

Como santa del siglo XX, canonizada por Juan Pablo II de un modo acorde con el espíritu de unos tiempos que Till Bastian ha bautizado certeneramente como «el siglo de la muerte»,³ la figura de Edith Stein influye en particular sobre las determinaciones de este texto, orientado hacia un esclarecimiento crítico del surgimiento de la Europa unida desde 1950, apenas culminada la traumática experiencia de la violencia política llevada hasta su más alto grado, en el marco general de los totalitarismos imperantes hasta entonces. La exploración psicológica profunda de la conciencia, su examen, invoca la vieja noción de albedrío, siendo la libertad indisoluble de la responsabilidad.⁴ La conciencia europea debe actualizar su memoria de forma permanente. Y un factor decisivo en esa memoria es la realidad perdurable de la *crisis*, el punto de inflexión que señala el paso de una situación que parece y que anuncia el umbral de lo que adviene. Dice Joseph Ratzinger:

«Durante el siglo pasado, las posibilidades del hombre y su dominio sobre la materia crecieron de manera realmente inimaginable. Pero su capacidad para disponer del mundo ha hecho que su poder de destrucción haya alcanzado unas dimensiones que, a veces, nos causan verdadero pavor.»

Y prosigue:

«El hombre ya no es otra cosa que imagen del hombre. Pero, ¿de qué hombre? [...] al desarrollo de

³ TILL BASTIAN, *Das Jahrhundert des Todes. Zur Psychologie von Gewaltverbrechen und Massenmord*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2000.

⁴ ALEXANDER y MARGARETHE MITSCHERLICH, *Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de duelo*, Madrid, Alianza, 1973 (*Die Unfähigkeit zu Trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Munich, Piper, 1988, reedición).

nuestras posibilidades no corresponde un desarrollo paralelo de nuestra energía moral.»⁵

La personalidad cristiana de los «padres fundadores» de la Europa unida se inscribe plenamente en este examen. Sus vidas, sin cometer excesos hagiográficos que no son de este lugar, representan lo mejor de lo que un filósofo marxiano como Ernst Bloch llamaría «Principio Esperanza» (*Das Prinzip Hoffnung*), y que otro filósofo, menos desdenoso con el hecho religioso enunció, años más tarde, en el «Principio Responsabilidad» (*Das Prinzip Verantwortung*).⁶

⁵ JOSEPH RATZINGER, *El cristiano en la crisis de Europa*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2005, pp. 23-25.

⁶ ERNST BLOCH, *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar, 1979, 2 volúmenes; Silvia Markun, *Ernst Bloch, Reinbek bei Hamburg*, Rowohlt, 1977; HANS JONAS, *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1984. De EDITH STEIN elijo como relevante en este caso *Estrellas amarillas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1992 y *Autoretrato epistolar* (1916-1942), Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1996; sobre ella, EZEQUIEL GARCÍA ROJO, *Edith Stein. Existencia y pensamiento*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1998.

2. LA CRISIS DE LA CONCIENCIA EUROPEA EN EL CAMBIO DEL SIGLO XIX AL XX

Los cuatro «padres fundadores» de la Europa unida comparten elementos biográficos que permiten establecer ciertos paralelismos significativos. En este punto no se trata de «solemnizar lo obvio» sino de fijarse en las indudables y principales correspondencias objetivas que marcaron sus respectivas vidas.

La primera de ellas se sitúa en las fechas. Konrad Adenauer vivió entre 1876 y 1967 y Jean Monnet entre 1888 y 1979, alcanzando ambos la edad de 91 años; Alcide de Gasperi vivió entre 1881 y 1954 y Robert Schuman entre 1886 y 1963, llegando el primero a los 73 y el segundo a los 77 años. Desde estas coordenadas vitales, todos ellos se corresponden con el período del «cambio de siglo», la decisiva *Jahrhundertwende* entre el XIX y el XX, un momento histórico especialmente crítico en la Europa central. Y este elemento es el punto de arranque de un análisis, necesariamente somero aunque imprescindible, de lo que supuso esta época en la historia de Europa en particular, y de Occidente, en general.

Varias revoluciones —no sólo las políticas y sociales, más resonantes— transformaron por completo la conciencia europea a lo largo del siglo XX y los comienzos del XX. No se trató de hechos aislados ni tampoco de sucesos sujetos a ninguna especie de determinismo o causalidad concatenada. Más bien formaron un conjunto o sistema de factores entrelazados, en los que las determinaciones de

orden material y espiritual se influyeron mutuamente, forzándose entre sí y desencadenando una especie de espiral creciente y acelerada de acontecimientos, percepciones, cambios, que los coetáneos vivieron e interpretaron de muy diversas formas. Estas revoluciones pueden sintetizarse bajo diversas rúbricas — industrial, científico-tecnológica, filosófica, ideológica —, cuya tipología se enumera aquí sin otra pretensión que la ilustrativa.

1. Primera y decisiva, expuesta y analizada hasta la saciedad, fue la revolución *industrial*, iniciada por James Watt en el anterior cambio de siglo con la aplicación del vapor como fuerza motriz de toda clase de máquinas que sustituyeron progresivamente el esfuerzo animal y humano en los procesos productivos, por un lado, y en los transportes, por otro. El maquinismo a gran escala acababa de comenzar. Esta revolución industrial ligada al carbón fue seguida, como es sabido, de otras, vinculadas a otras fuentes de energía —petróleo, electricidad— que vinieron a acrecentar la capacidad de toda clase de aparatos, ingenios y artefactos. Ello modificó de forma radical no ya sólo los gigantes procesos económicos y geopolíticos de todo el planeta, sino la propia concepción de la vida social e individual del ser humano, en aspectos tan fundamentales como el trabajo y la educación, la formación y realización profesionales, las condiciones materiales de la subsistencia, la salud, los desplazamientos, el urbanismo, el ocio, la técnica y las ciencias aplicadas, la conducción de la guerra...

2. Indisoluble de la industrial es la revolución *científico-tecnológica*, hasta el punto de no poder establecerse precedencia entre una y otra. Ambas eclosionaron a la vez, guiadas por el espíritu que, gestado a lo largo del siglo XVIII, a comienzos del XIX fue cobrando



cada vez mayor predicamento en las mentalidades: el *progreso*. Mencionados ya los espectaculares avances en el terreno de la locomoción, los transportes y las comunicaciones —ferrocarril, buques, aviación, telégrafo, teléfono, radar, radio, fotografía, cinematógrafo...—, la medicina y los fármacos auguraron nuevas expectativas para la salud humana, que parecía capaz de vencer las peores enfermedades. Inventos y descubrimientos como las vacunas, los rayos X o, más tarde, los antibióticos, salvaron millones de vidas y otorgaron una esperanza basada en la ciencia. La Química, con sus aportaciones en el terreno de los nuevos materiales sintéticos, por poner sólo un ejemplo, y la Física, con sus revolucionarias teorías sobre el universo —teoría de la relatividad, teoría cuántica, etc.—, transformaron el estatuto de la ciencia, avanzando sus métodos y elevando sus categorías y modos de pensamiento a un nuevo fundamento del conocimiento humano.

3. Todo ello conmocionó y afectó de la forma más aguda a los cimientos del pensamiento filosófico, sacudido por una crisis tan honda como capaz de destruir sus viejas certezas, consolidadas por siglos de tradición ininterrumpida, alteradas tan sólo por el oscilante deambular de escuelas contendientes en las formas y no tanto en los fondos de un saber milenario. En esta revolución *filosófica* participaron grandes corrientes decimonónicas como las investigaciones filológicas, el empirismo ligado a la divulgación científica a través de medios de comunicación masificados, el auge de las ciencias naturales vinculado a los diversos positivimos (biologismo, evolucionismo), el surgimiento de la psicología científica, por citar sólo alguno de los elementos más notables. Todo ello influyó en la formación de tendencias en las que el relativismo y el nihilismo convergieron para crear un clima espiritual que en amplias zonas de Europa adquirió el calificativo que Fritz Stern troqueló como «pesimismo cultural» (*Kulturpessimismus, Cultural Despair*).⁷ Marcado por un afán de superar la angustia existencial, el pensamiento de Kierkegaard, Schopenhauer, Nietzsche o Spengler se define por una vivencia particular de la «decadencia», en gran medida, un concepto fétiche y también un comodín semántico. Elevado a categoría indiscutible, sirvió de pretexto para desmantelar los valores de lo viejo y caduco, sin aportar a menudo nada positivo que lo reemplazase. Abocada a la destrucción, la humanidad fue vista bajo la luz cenicienta de los vaticinios de estos profetas, que, aun acertando en sus pronósti-

cos—los pesimistas parece que siempre lo hacen—dieron cauce también a una vertiente siniestra de fatalismo e irracionalismo.

4. Y en este punto es donde asoma la revolución *ideológica*, que parte de la base del propio nacimiento del concepto de «ideología», estudiado, entre otros, por Karl Mannheim y Hannah Arendt.⁸ Movimientos políticos y sociales de viejo cuño encontraron términos nuevos, inspiración diversa, métodos de agitación y reclutamiento diferentes, tácticas y estrategias renovadas en un contexto marcado por la aparición de otra nueva categoría en la realidad social: las masas. Los nacionalismos y los revolucionarismos, tanto conservadores como progresistas, se difundieron como sustratos preferentes dentro de otras corrientes de diverso signo —socialismo, comunismo, anarquismo, ultranacionalismo, liberalismo, imperalismo, racismo...— con proyección que, de y por principio, se instituyó como «mundial», esto es, con vocación planetaria o internacional. Ligados a procesos también mundiales en lo económico, lo geopolítico y lo geoestratégico, se beneficiaron de circunstancias que entonces adquirieron rasgos novedosos. Junto al surgimiento de las masas, la alfabetización emprendida por sistemas educativos nacionales y nacionalizados hizo factible el adoctrinamiento mediante la propaganda. La divulgación de una ciencia degradada a científicis-

⁷ FRITZ STERN, *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, Berkeley, University of California Press, 1974.

⁸ KARL MANNHEIM, *Ideología y utopía*, México, FCE, 1987; Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, varias reediciones, 3 volúmenes. Una exposición más detallada puede verse en mi libro *La idea de Europa: Historia, Cultura, Política*, Madrid, Tecnos, 2008, pp. 213-229.

mo condujo a una secularización entendida por Max Weber como «desencantamiento del mundo» (*Weltentzückung*) que desmantelaba los valores conocidos sin lograr articular una ética moderna coherente. Fenómenos como la despersonalización y la anomia asomaron en los primeros estudios sociológicos sobre las sociedades industriales, sometidas a los procesos inherentes a un capitalismo feroz e inhumano.⁹

Ante el estupor de las «cosas nuevas» la Iglesia reaccionó oportunamente. León XIII dio las primeras respuestas a la entonces llamada «cuestión social» con la Encíclica «*Rerum novarum*» (1891), seguida de otras de semejante calado en las mentalidades, actitudes y prácticas, confiando un pensamiento social cristiano de inspiración católica.¹⁰

Este fue el clima social e intelectual que rodeó al estallido de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), precedida de la etapa conocida como la «paz armada» y seguida de un período de entreguerras que muchos ven como una simple suspensión de hostilidades en espera del advenimiento de la segunda parte de una guerra mundial única, recomenzada en 1939 —algunos sostienen que su «entremés» fue la Guerra Civil española de 1936— y prolongada hasta 1945.

⁹ ROLAND JACCARD, *La tentation nihiliste*, París, PUF, 1991; Johann Figl, «Überrwindung des «europäischen Nihilismus»? Religions- und kulturphilosophische Perspektiven angesichts der Deutung Nietzsches und Heideggers» en: Werner Stegmeyer (ed.), *Europa Philosophie*, Berlín y Nueva York, Walter de Gruyter, 2000, pp. 93-107.

¹⁰ JESÚS IRIBARREN Y JOSÉ LUIS GUTIÉRREZ GARCÍA (eds.), *Nueve grandes mensajes*, Madrid, BAC, 1986; con relación a España véase RAFAEL MARÍA SANZ DE DIEGO, S. J., *Pensamiento social cristiano I*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas, 1991; incorpora los últimos documentos sociales de la Iglesia y un valioso Enfoque Temático.

¿Qué dos factores principales señalaron a los jóvenes que sobrevivieron a la Guerra del 14, imprimiéndoles una marca indeleble? Uno fue la vivencia de la propia guerra, en frentes extendidos por toda Europa y más allá de sus confines, en tanto que por primera vez combatían tropas de colonizados de los respectivos imperios contendientes, sometidos a métodos bélicos de una crueldad nunca vista hasta entonces. El progreso científico-tecnológico halló ahí su terreno más fértil: desde las alambradas de espino —ya ensayadas por los británicos en África del Sur durante la Guerra de los Bóers— hasta las armas automáticas, los buques acorazados, los submarinos, los carros de combate mecanizados, la aviación, los gases letales... el ingenio mortífero desarrolló ingentes capacidades. Este bautismo de fuego, barro y veneno fue llamado «*Kriegserlebnis*» y determinó la conciencia de millones de seres humanos que por vez primera empezaron a hablar de neurosis de guerra y otros padecimientos similares. El otro factor fue la gran conmoción sucedida al poco tiempo, en plena posguerra, resultado de una inflación sin precedentes que pulverizó las parcas economías de las clases bajas y medias, llevándolas a la indigencia más absoluta, a la depauperación física y moral, a la extenuación y a la desesperación. Sus efectos son inimaginables desde una perspectiva actual. Fueron muchos los que en la década de los denominados «felices años veinte» (y treinta) murieron literalmente de inanición, en medio de una crisis económica en la que llegó a cotizarse más el papel del que el billete estaba hecho que su valor nominal impreso, transportándose el dinero en una carretilla.

En paralelo con tales desastres y sobre semejante suelo, las ideologías totalitarias florecieron, nutriendo a partidos y dirigentes dictatoriales y tiránicos de variado signo, seguidos por multitudes fanatizadas, enajenadas y ciegas. La radicalización de la vida política, social y cultural se hizo inevitable; la violencia y la crueldad se ge-

neralizaron y adoptaron, perversamente además, la máscara de la «normalidad», bajo el imperio de regímenes policiales basados en la delación, la persecución y la aniquilación de todo sospechoso de desafección. No es intelectualmente válido emplear un determinismo histórico al analizar la primera mitad del siglo XX en Europa y el resto del mundo, pero sí lo es establecer correlaciones significativas entre hechos, fenómenos, ideas, personajes e ideologías. La conclusión momentánea de tanta locura en 1945 dejó un balance—muchos en realidad—cuantificable en las frías cifras del número de las respectivas víctimas, de las que nunca será posible fijar la estremecedora verdad de su sufrimiento. En el siglo XX, que algunos conciben como uno de «progreso», se abrió el abismo de una inhumanidad calificable de a-humanidad. A los males de las guerras se sumaron los de las deportaciones, las desapariciones y el exterminio, todo ello en términos de *masas*, que cabe contabilizar—cuando ello es posible—en cifras de millones de personas. La guerra se saldó con unos 55 millones de muertos, 35 de heridos y 3 de desaparecidos. La población civil formó parte de las bajas en una proporción inaudita; sólo bajo los ataques aéreos murió más de millón y medio de personas. La resistencia en forma de lucha partisana, acompañada de represalias y otros castigos, los exterminios en masa—con cifras que, en el caso de los judíos, oscilan entre los 4 y los 6 millones de víctimas—, las deportaciones a campos de concentración y de trabajo, y las emigraciones y desplazamientos, supusieron unos 30 millones de estos fallecidos, repartidos entre las naciones contendientes en proporciones variables (rusos: 7 millones; chinos: 5,4; polacos: 4,2; alemanes: 3,8). En cuanto a las tropas, la Unión Soviética tuvo unas bajas estimadas de 13,6 millones de soldados, seguida por China, con 6,4; Alemania, con 4; Japón, con 1,2. Estados Unidos perdió a unos 300.000, el Reino Unido e Italia, unos 400.000 respectivamente. Las modificaciones de fronteras de la posguerra implicaron nuevos

desplazamientos, éxodos y diásporas, acompañados de terribles sufrimientos y nuevas desapariciones de personas. A ello se sumaron las víctimas de diversos cautiverios y reclusiones en campos de concentración y de trabajo, ya como forma de redistribuir las como población refugiada (con o sin estatuto de apátrida), en unos casos, ya como medio de castigarlas y obligarlas a reparar los daños de la guerra, por otro. Estos movimientos, consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, amplísimos y de repercusiones intercontinentales, alcanzaron hasta la fecha de 1963. En el caso europeo, 30 millones de personas abandonaron sus lugares de origen; de ellas, un sesenta por ciento fueron alemanes.

3. «EUROPA, AÑO CERO»: CUATRO HOMBRRES, ¿PROVIDENCIALES?

Dos películas —*Alemania, año cero* (*Germany, anno zero*, 1948) y *Paisaje después de la batalla* (*Krajobraj po bitwie*, 1970), obra de directores cinematográficos con tan alto grado de conciencia moral como Roberto Rosellini y Andrzej Wajda sirven de perfecto ejemplo para comprender, siquiera de forma expresiva, el panorama de desolación que reinaba en la Europa de la inmediata segunda posguerra mundial. La destrucción material de ciudades e infraestructuras era completa en tantos lugares que la supervivencia se impuso como objetivo existencial primario de millones de personas, desorientadas y perdidas, habitantes de las ruinas y escombros. En aquellas condiciones apenas parecería posible una reflexión moral, que sin embargo sí se produjo. En muchos casos se trataba de asimilar psicológicamente catástrofes que ningún ser humano tendría por qué experimentar jamás pero que, no obstante, estaban ahí, presentes, como circunstancia vital ineludible. Lo más sagrado de la vida había sido profanado hasta unos límites que rozaban lo inconcebible. La Resistencia europea frente a los totalitarismos, formada por valientes de las más diversas tendencias ideológicas, había predicado la necesidad de una «revolución moral» que sanease el conjunto de unas sociedades que de alguna forma habían sido a la vez víctimas y cómplices del terror, en diverso grado.¹¹ Termi-

¹¹ JAMES D. WILKINSON, *La resistencia intelectual en Europa*, México, FCE, 1989. Otros libros de interés son, por ejemplo, ALBERT CAMUS, *Let-*

nada la guerra se impuso un pragmatismo ligado a la vieja noción de «necesidad», la *Ämniké* clásica, que disolvió muchas posibilidades de regeneración surgidas de la heroica lucha anti-totalitaria. La división de Europa sobrevenida con Yalta y Potsdam quedó sancionada en términos un tanto paradójicos con el propio Plan Marshall (1947). Se trataba de un programa de reconstrucción material —luego institucionalizado como OECE-OECD—, que salvó a medio continente de la ruina, pero que, al oponerse Stalin para sustraer a los pueblos situados bajo su «área de influencia» —su «zona de ocupación», en realidad— de la influencia del capitalismo liberal occidental, dejó a unos cien millones de europeos sometidos al COMECON, reverso especular de un hipotético «socialismo real». El advenimiento de la Doctrina Truman, la consagración de los objetivos estratégicos «transoceánicos» u «occidentales» representada en el Tratado de Bruselas (1948) conducente a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN), el surgimiento de la Guerra Fría a partir de 1949, con la pérdida de la hegemonía nuclear por parte de Estados Unidos, definió la realidad geopolítica y estratégica europea durante cuarenta años (1949-1989).

Un país «central» por muchas causas era Alemania, dividido en dos Estados adscritos respectivamente a los bloques enfrentados en la Guerra Fría. Sin tratado de paz, provisto de una Ley Fundamental (*Grundgesetz*) que hacía las veces de una Constitución política desde 1949, titular histórico del horror y los crímenes del nazismo, declarado «Estado enemigo» junto con Japón y otros aliados en la propia Carta de Naciones Unidas (capítulo VIII, artículo 53, 2; capítulo XVII, artículo 107;., organización a la que sólo pudo ingresar en 1973, en parte, como resultado de la

Ostpolitik del canciller Willy Brandt), Alemania sacó fuerzas de flaqueza y realizó, en un tiempo record su «milagro económico» (*Wirtschaftswunder*).¹² Dos fueron los autores intelectuales y efectivos del mismo, Alfred Müller-Armack y Ludwig Erhard, con su propuesta de la «Economía Social de Mercado».¹³ Su influencia como ideólogos económicos está presente en la filosofía subyacente de los Tratados de Roma (1957), que dieron principio a la trayectoria consolidada de las entonces recién nacidas Comunidades Europeas.

¿De qué Europa se podía hablar entre aquellos años finales de la década de 1940 y los primeros de la de 1950? ¿Qué representaron entonces Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi, Robert Schuman y Jean Monnet, cuatro hombres que, a título personal, califico de «providenciales»? Un repaso a sus respectivas biografías es ilustrativo. Y lo es aún más si se subrayan algunos de los notables paralelismos de sus vidas, apuntados al comienzo.¹⁴

Junto a la ya señalada coincidencia generacional —nacidos en el último cuarto del siglo XIX, fallecidos pasada la mitad del siglo XX— estos cuatro hombres compartieron otras características, sustantivas para entender su *idea de Europa*.

¹² Un desarrollo más completo en mis artículos «La unidad alemana, clave de la nueva arquitectura europea» en: *Noticias C.E.E.*, n.º 93, octubre de 1992, pp. 1930 y «Willy Brandt: personaje y persona» en: *Tiempo de Paz*, n.º 29-30, otoño 1993, pp. 112-121.

¹³ LUDWIG ERHARD, *Economía social de mercado. Su valor permanente*, Madrid, Riarp, 1994. El contexto de la época muy bien reflejado por ALFRED GROSSER, *Diez años de Alemania (1945-1954)*, Madrid, Artola, 1955 y respecto de Europa HENRI BRUGMANS, *Historia de la idea europea (1920-1970)*, Madrid, Moneda y Crédito, 1972.

¹⁴ En este punto, la abundancia de referencias y documentación es inmensa. Sólo en *Internet* las fuentes son prácticamente inabarcables. La síntesis que se ofrece aquí responde al interés de definir unos perfiles nítidos de estas extraordinarias personalidades.

1. Todos ellos eran *cristianos* y además *católicos*, siendo esta condición sustantiva de su personalidad y valores desde su juventud, así como explícitamente de su filiación política en tres de ellos (Adenauer, De Gasperi, Schuman), siendo los creadores de la «*Democracia Cristiana*» europea. En el caso de Adenauer este hecho fue determinante a partir de 1945, cuando el flujo de desplazados y refugiados alemanes provenientes de Europa Oriental, de confesión protestante en su mayoría, le hizo valorar la necesidad de agrupar a los cristianos por encima de las viejas divisiones religiosas. En el de De Gasperi, fallecido en 1954, se inscribe en la oportunidad testimonial de dar cauce a la reconstrucción de Italia, en la que el Partido Comunista de entonces representaba una fuerza de primer orden, con capacidad demostrada de resistencia antifascista además.

2. Todos ellos eran *hombres de acción*, *hombres políticos*, *estadistas de prestigio*, con carreras de éxito en diversos niveles de la administración y en la empresa privada. Consecuentemente, no fueron ni filósofos, ni ideólogos, ni teóricos, ni intelectuales, ni hombres de gabinete, ni literatos. Su pensamiento e ideas, bastante claros por lo demás, fueron llevados a la práctica, fueron realizados y no se quedaron en el limbo de lo especulativo. Acostumbrados a hacer frente a la realidad cotidiana de problemas de orden práctico, su visión de Europa tenía por fuerza que ser realista en un sentido positivo.

3. Todos conocieron el *éxito* en sus carreras administrativas, profesionales y políticas, pero también debieron hacer frente a la *incomprensión* y a innumerales trampas, obstrucciones y problemas, con aparentes fracasos y graves quebrantos en todos los órdenes de la vida. Esta condición expresa, de

una parte, sus extraordinarias capacidades y talento y, de otra, los lógicos resquemores que éstos provocan en otras personas menos dotadas y resentidas. También da cuenta de la fortaleza de su espíritu.

4. Todos fueron «*hombres de frontera*» o «*frontaliers*», en particular, Adenauer, renano; De Gasperi, trentino; y Schuman, lorenés; estando sus vidas sometidas a los vaivenes de la política europea desde su infancia y juventud. De hecho, «nacieron» en lugares y Estados que luego se transformaron en otros y pasaron a otra soberanía territorial. Esta condición marcó sus personalidades en el sentido de hacerles abiertos y francos, comprensivos con «El Otro», siempre más «hermano» que «enemigo». La carrera cosmopolita de Monnet, más vinculada al mundo anglosajón—lo que es coherente con su filiación atlántica charentesa—, también se interpreta en este mismo sentido. La cuestión de las fronteras en Europa ha sido siempre una de las más espinosas en la evolución histórica del continente. Que los «padres fundadores» fueran «*frontaliers*» auguró, en términos de actitud y percepciones el alba de una nueva época.

5. Todos empleaban el *alemán como lengua vehicular*, en especial Adenauer, De Gasperi y Schuman, aprendido en su infancia. Siendo considerada Alemania la archi-enemiga de la práctica totalidad de los pueblos europeos—aun cuando Madame Staël la elevara en su famoso libro (*De l'Allemagne*, Londres 1813) a «nueva Arcadia feliz»—parecería un enigmático signo de los tiempos que estos hombres empleasen el idioma alemán precisamente para entenderse entre sí. Providencialmente, Alemania, situada en el centro de Europa, no iba a ser arrinconada.

6. Todos dieron testimonio decidido de *lucha, oposición y resistencia frente a los totalitarismos*, el nazismo y el fascismo y sus corrientes aledañas, en una primera fase, y el comunismo estalinista con posterioridad. Padecieron persecución, detenciones, condenas a prisión y destituciones de sus cargos y, liberados o evadidos, tuvieron que refugiarse en la clandestinidad, en particular, en diversos monasterios. Su acción no fue, sin embargo, violenta sino de resistencia y oposición, o de colaboración con los aliados. La nueva Europa se vería libre de cualquier pulsión en este sentido, con una clara inclinación hacia la democracia, la libertad y los derechos humanos.

7. Todos iniciaron su vida política «europea» en su *madurez* bien cumplida, lógicamente, a partir de 1945, cuando ya nadie esperaba que hombres de aquella edad —en torno a sesentena o ésta ya rebasada— fuesen capaces de semejantes logros. Su «Europa» era el fruto de vidas muy ricas y plenas, de una amplia experiencia en funciones de gobierno, gestión y administración, de un vasto conocimiento de la naturaleza humana y de la sociedad.

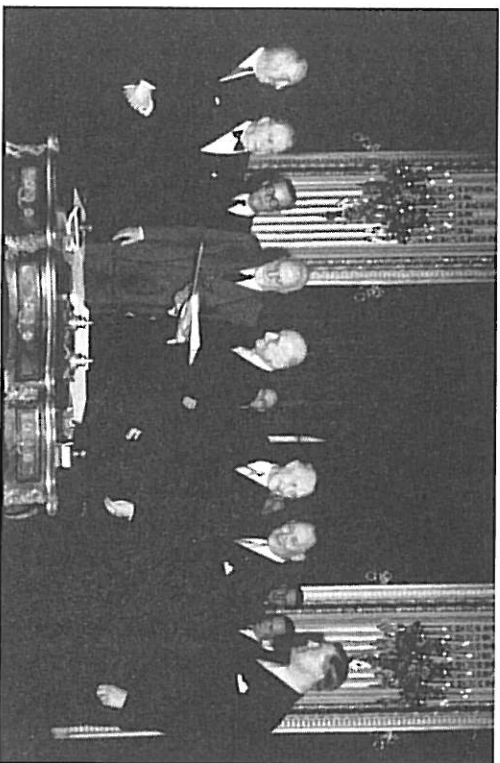
8. Todos compartieron los ideales de la *supranacionalidad* como parte integrante de una *concepción comunitaria de la política*, más allá de las contingentes determinaciones del Estado nacional cristalizado a lo largo del siglo XIX. En esto daban prueba de un espíritu abierto, marcado por su condición de «hombres de frontera», por un lado, y de su fe cristiana, siendo la Iglesia católica supranacional en esencia. No obstante, ninguno de ellos pretendió ni se propuso abolir la realidad material de los Estados europeos, expresión de un orden histórico y secular. La Europa resultante partiría de

la base histórica y fáctica de la existencia de los Estados nacionales, vistos como instancias mediadoras en la consecución de un fin superior, su unión armónica y pacífica, fundada en el Derecho y la justicia.

9. Todos lucharon de forma denodada por la *paz* y compartieron un espíritu *antimilitarista*, lo que también entronca con un irenismo cristiano de honda raíz europea y universal. Esta actitud era consonante, por lo demás, con el supuesto anterior, toda vez que las guerras europeas fueron el resultado de una política agresiva, militarista, nacionalista e imperialista desarrollada por Estados rivales en perpetua contienda. Su pacifismo fue elocuente a lo largo de todas sus trayectorias vitales y lo fue no sólo en el plano de las declaraciones sino en el más importante de las obras. Esto no implicó, sin embargo, ninguna desafección o abandono de responsabilidades hacia sus respectivas patrias en diversos momentos de sus vidas.

10. Todos fueron partidarios del denominado método «*funcionalista*» de integración supranacional, en el sentido comunitario planteado ya en la Antigüedad por Cicerón y san Pablo mediante el ejemplo y la parábola del cuerpo humano cuyos órganos forman un todo que no es posible sin sus partes y viceversa. En este sentido, sus tesis triunfaron sobre los postulados «*federalistas*» de otros movimientos europeos que abogaban por una unión política previa a otras medidas. Los funcionalistas establecieron una integración progresiva, pragmática, de sectores económicos complementarios, de un alto valor estratégico: de ese modo el carbón del Ruhr y el mineral de hierro de la Lorena sirvieron de base a objetivos ulteriores de mucho

mayor alcance. La Europa unida que ellos concibieron lo sería sobre una base integrada, no agregada.¹⁵



¹⁵ La semblanza imperecedera por Brugmans, *op.cit.*, pp.153-171.

Evocador es el conjunto de textos de diversos especialistas recogido por JORGE USCATESCU (dir.), *Creadores de Europa*, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 1990. Junto a los tradicionales «padres fundadores» de la Europa unida, es preciso registrar también el nombre del político belga socialista Paul-Henri Spaak y, decenios más tarde, el considerado también gran patrocinador de la idea y la realidad europeas, Jacques Delors, de nuevo, socialista, aunque de clara adscripción cristiana; véase MAURICE DUVERGER, *La Europa de los hombres. Una metamorfosis incabada*, Madrid, Alianza, 1994. Véase también Antonio TRUYOL y SERRA, *La integración europea I*, Madrid, Tecnos, 1999, esp. pp. 37-45.

4. PASO A PASO POR LA SENDA EUROPEA

El objetivo principal perseguido por estos grandes políticos consistía en que nunca más se dieran las condiciones objetivas para que estallara una guerra en Europa. Y todo en medio de condiciones que no podían ser más adversas. Ni Estados Unidos ni Gran Bretaña ni la Unión Soviética tenían por entonces el menor interés en salvar, como tal, a un continente que consideraban degradado, corrompido y caduco. De hecho, hubo ciertos planes que preveían «barrer del mapa» a Alemania, por ejemplo, reducida a país agrícola para evitar la reproducción de su agresivo militarismo. De hecho, parece que una parte de los bombardeos aéreos fue selectiva en tanto que había que dejar intactos algunos enclaves pintorescos como zona turística para el futuro.¹⁶ La desconfianza de los aliados hacia la inmensa mayoría de las maltrechas naciones europeas parecía justificada en razón de la magnitud de los desastres. Un estudio coetáneo, en sí, un clásico de la teoría política, es el famoso *The Civic Culture* de G.Almond y S.Verba. Efectúa un análisis comparativo de varios países europeos interrogándose sobre sus capacidades para desarrollar una auténtica «cultura cívica», lo que hoy denominamos «cultura democrática». De hecho, en un notable coloquio dirigido por Lucio Caracciolo, los contertulios —Ralf Dahrendorf, François Furet y Bronislaw Geremek— concluyen que la democracia en Europa es un auténtico injerto político, nacido en Atenas eso sí,

¹⁶ BRUGMANS, *op.cit.*, pp. 115-119.

Pero que para ver crecer sus ramas tuvo que esperar a que triunfara la Revolución americana de 1776, lugar en el que sí se fraguó de manera efectiva la decisiva separación de poderes preconizada por Montesquieu. Como tan perspicazmente señalara Alexis de Tocqueville, por lo demás.¹⁷ En este sentido, los proyectos federalistas —cuya expresión más espectacular fue el entusiasta encuentro del Congreso de La Haya de 1948— de una unión política europea se enfrentaban a obstáculos insalvables que no eran tan sólo fruto de una falta de voluntad política. La Europa devastada precisaba de una regeneración moral que fuese a la par con su reconstrucción material. Y aquí los ideales ya mencionados de la Resistencia fracasaron también.¹⁸

La misión providencial de los «padres fundadores» se basó en un pragmatismo muy pegado al terreno. Nada de grandes palabras, sino mucha discreción y prudencia fue lo que guió sus pasos. El primero de aquellos ideales era eliminar de raíz la oposición secular entre Francia y Alemania, cuyas raíces históricas cabe rastrear ya en el siglo IX, momento de la revuelta de los descendientes de Ludovico Pío por la herencia de sus dominios (Juramentos de Strasburgo, 842). El término «Verdun» es uno de los más añejos, por nombrado, en las refriegas entre europeos; la Lotaringia es un eje capital en cualquier concepción de una Europa integrada y unida.¹⁹

Para ello era decisivo trabajar a favor de una Europa construida sobre realizaciones concretas, fundada en so-

¹⁷ G. ALMOND Y S. VERBA, *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963; LUCIO CARACCIOLO (ed.), *La democracia en Europa*, Madrid, Alianza, 1993; JOHN MARKOFF, *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*, Madrid, Tecnos, 1999; ALEXIS DE TOCQUEVILLE, *La democracia en América*, Madrid, Alianza, 1985, 2 volúmenes.

¹⁸ Véase el «Proyecto de Declaración de las Resistencias europeas» de julio de 1944 en TRYVOLL, *op.cit.*, pp. 160-163; la resolución de la Comisión política del Congreso de La Haya en *ibidem*, pp. 170-172.

¹⁹ Una exposición en mi libro *La idea de Europa... op.cit.*, pp. 58-59.

lidades de hecho. De ahí surgiría el fermento de una comunidad de Estados más vasta y más profunda, nacida del solar de lo que se bautizó como una «nueva Lotaringia». El empirismo de Jean Monnet, autor de estas fórmulas, halló eco en Schuman, De Gasperi y Adenauer. En 1949 Adenauer había propuesto lo que modestamente llamó «solución técnica» en forma de Asociación de Derecho Internacional, de base cooperativa, entre Francia, Alemania, Luxemburgo, Bélgica y el Sarre. Pero la fecha clave fue el 9 de mayo de 1950, cuando, en el Salón del Reloj del Quai d'Orsay, sede del Ministerio de Asuntos Exteriores, con gran sorpresa de todos, Francia realizó a la República Federal de Alemania la oferta de poner en común sus respectivas industrias de acero y carbón.²⁰ Había sido aprobada en Consejo de Ministros, pero se trataba de una operación secreta, realizada sin el conocimiento de los funcionarios y otros dirigentes de las industrias concernidas. Se trataba del «Plan Schuman», quien pronunció su declaración con voz titubeante. Un avispado periodista fue el primero en darse cuenta de la importancia del asunto y aventuró si no se trataba de «un salto a lo desconocido». Schuman le miró por encima de sus gafas y le confirmó, con su tímida sonrisa: «Exactamente, un salto a lo desconocido.» La organización resultante, supranacional, estaría sometida a una Alta Autoridad Común y además abierta a los demás Estados europeos. El objetivo no declarado era lograr en un incierto futuro una federación europea indispensable para preservar la paz. Italia y los tres Estados del Benelux se adhirieron tras diez meses de trabajo conjunto (1950) en lo que se prefiguraba como un «mercado común». La Comunidad Europea del carbón y del Acero (CECA) vio la luz un año después, el 18 de abril de 1951 y entró en vigor en julio de 1952, quedando abierto el

²⁰ Véase el texto en TRYVOLL, *op.cit.*, pp. 175-177.

mercado común en 1953 (febrero: carbón, mineral de hierro y ferralla; mayo: acero).²¹

Lo sucedido a continuación es conocido por todos. En unas décadas la Europa Occidental ha logrado la unión más profunda, duradera y estable de toda su compleja historia, extendiendo sus beneficios a otros Estados de la denominada Europa Central y Oriental. Sucesivas ampliaciones aguardan en un horizonte temporal que también es y será de índole geográfica pero, sobre todo, axiológica, espiritual y moral en muchas de sus principales determinaciones.

5. LA SALVACIÓN DE EUROPA

Los «padres fundadores» de la Europa unida mantuvieron una posición coherente con sus valores a lo largo de sus respectivas vidas. Tradujeron esos valores a su concepción de lo político y actuaron en consonancia. Muchos vieron en ello la promoción de lo que se llamó sin ambages la «Europa vaticana». En cualquier caso, discutidas varias décadas desde su desaparición, su impronta no ha desaparecido, a pesar de los embates fortísimos a los que la Europa unida, bajo diversas denominaciones —Mercado Común, Comunidades Europeas, Comunidad Europea, Unión Europea—, ha debido hacer frente en todos los terrenos de la política, la economía, la sociedad, la ciencia, la tecnología y la cultura.

Y los problemas crecen y se multiplican, lo que no es ninguna novedad. Mucho ha cambiado el panorama europeo y mundial y por lo que respecta al Viejo Continente, la guerra generalizada ha desaparecido de las mentalidades comunes, con la excepción del horror genocida y criminal vivido en los Balcanes y aún no extinto en un grado que permita declararlo conjurado. Eso sin contar con la situación del Cáucaso, plena tierra de Jafet, el descendiente de Noé, según las más antiguas genealogías de una europeidad tanto bíblica como helénica.²² En pleno siglo XX y aun XXI Europa vive más que meros episodios de intolerancia religiosa, vesania nacionalis-

²¹ BRUGMANS, *op.cit.*, pp. 161-166; Charles Zorngbibe, *Histoire de la construction européenne*, París, PUF, 1993, pp. 25-27.

²² Véase lo sustantivo en mi libro *La idea de Europa...* *op.cit.*, pp. 25-32, 89-91.

ta, persecución racial y étnica, violencia ideológica e injusticia social y económica. Que afecta, en algunos casos hasta gravemente además, a Estados miembros de una Unión Europea, por un lado, y a Estados partes de organizaciones intergubernamentales como el Consejo de Europa o la OSCE, tutelares formales de sucesivas Declaraciones y Convenciones de Derechos Humanos, por otro.

La construcción de Europa —lograr esa identidad europea centrada en su «mismidad», que consiste en profundizar en sí misma para poder así abrirse a los «otros», que, en términos cristianos son siempre «próximos»— es una tarea encomendada a los cristianos, «todavía los herederos de largos siglos en los que se formó en Europa una civilización inspirada por el cristianismo», en palabras de Juan Pablo II (25 de mayo de 1985).²³ San Benito de Nursia y los santos Cirilo y Metodio —junto a santa Catalina de Siena, santa Brígida de Suecia y santa Teresa Benedicta de la Cruz— son principales artífices espirituales de una Europa que conjuga Occidente y Oriente, Roma y Bizancio, Atenas y Jerusalén, Alejandría y Moscú, las culturas griega, latina, germánica, eslava, gálica, báltica, magiar, vasca, judía, árabe, romaní... en un crisol de pertenencia a lo que un día se conoció como «*Christianitas*», entidad sustancialmente mayor y superior que la de los viejos y nuevos imperios y reinos que dominaron su orbe.

Europa es y ha sido una «*unitas multiplex*» —en feliz expresión del cardenal Nicolás de Cusa— de pueblos, razas, religiones, lenguas, que han convivido durante milenios sometidos a tensiones tanto disgregadoras como unitarias, en perpetua crisis y en constante conflicto, en un interminable proceso de creación y destrucción de órdenes y estructuras, que convergen, en el siglo XX, en las dos mayores conflagra-

ciones bélicas mundiales, unidas a la eclosión del totalitarismo político como el fenómeno más aberrante vinculado a las ideologías secularizadas características de la Modernidad. Juan Pablo II fue testigo fiel de todo esto, con su personalidad, su vida y su obra, que ilustran elocuentemente el tránsito de un ser humano del siglo XX por el mundo, en su caso, marcado por el carisma de su oblación a Dios.

Por su parte, al interrogarse sobre *Europa*, Ratzinger se pregunta por muchas cosas: el ser humano, la comunidad política, la historia, el progreso, la ciencia, la secularización, la moral, Dios. Como filósofo y teólogo deja abierta la cuestión de si es, no razonable, sino gnoseológicamente viable y moralmente sostenible, pensar en una cultura humanista autosuficiente, con capacidad de convertirse en un *éthos* universal, que prescinda de Dios en sus fundamentos. Apenas es posible imaginar, desde esas coordenadas, en algo más deseable que «el hecho de que en todas partes se respeta la democracia y los derechos humanos».²⁴ Pero en esa fijación de un objetivo tan hermoso y moralmente bueno faltaría algo tan trascendental como es la *volición de los sujetos comprometidos en lograrlo*, y ésta, si se analiza en el interior secreto y profundo de las conciencias, responde en exclusiva a un impulso espiritual que proviene de la fe.

Unos hablarán de fe en Dios, otros de fe en el Hombre. Pero, ¿en qué «Hombre»? En Cristo, Dios se hace Hombre y el hombre, por su mediación redentora, accede a su esperanzada, dolorosa, esforzada y coherente vía de su «divinización», esto es, de acercamiento a un Bien objetivo e infinito, opuesto a lo subjetivo y lo limitado. Sin Dios

²³ Referencias más completas en CARLOS CORRAL, S. J. «La concepción de la Casa Común Europea, según Juan Pablo II», en *idem* (ed.), *La construcción de la Casa Común Europea. La perspectiva y aportación de la Iglesia*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1994, pp. 52-53.

²⁴ RATZINGER, *El cristiano...op.cit.*, p.34. Un mayor desarrollo en mi trabajo «Plenitud, conciencia y unidad: la personalidad cristiana de Europa» en: VVAA., *Prolonguen nuestros manos la obra de Sus Manos. XV Jornadas de Patrimonio Cultural de los Religiosos Españoles*, Madrid, CONFER, 2007, pp. 25-57.

como referencia la acción humana se diluye en el mar incierto de lo aleatorio, contingente e indiscernible. «Lo que más necesitamos en este momento de la historia son individuos que, a través de una fe iluminada y vivida, presenten a Dios en este mundo como una realidad creíble», afirma Ratzinger, que agrega: «necesitamos hombres que tengan su mirada dirigida a Dios para aprender de él el verdadero humanismo.»²⁵ En el Metz de 1913, Robert Schuman sintió una llamada especial, transmitida por su madre, que le exhortó a «hacer el bien» e hizo de su vocación política y social un apostolado: «Todo cristiano está llamado a comprometerse como apóstol». En concreto, entonces le preocupaban las condiciones de vida y de trabajo a las que estaba sometida la clase obrera. Sobre todo le inquietaban el individualismo de competición encarnizada y el egoísmo brutal que formaban parte del sistema.²⁶ Con esta base solidaria, la Europa cristiana es, en esencia, democrática: «Europa es la realización de una democracia generalizada en el sentido cristiano de esta palabra», decía Schuman en *Pour l'Europe*. Romano Guardini la sitúa más allá de un mero complejo geográfico, de un conjunto de pueblos, en la forma de una «entelequia viva, una figura espiritual efectiva». Weiler sostiene que su aspiración es la de llegar a ser una «comunidad ética», un aspecto que elucidarán a continuación algunas reflexiones de los dos últimos pontífices.²⁷

²⁵ *Ibidem*, p. 47.

²⁶ RENÉ LEJEUNE, *Robert Schuman. Padre de Europa (1886-1962)*, Madrid, Palabra, 2000, pp. 235-236, 53-54.

²⁷ Cita tomada de los extractos literales de LEJEUNE, *ibidem*, p. 235; ROMANO GUARDINI, *Damit Europa werde. Wirklichkeit und Aufgabe eines zusammenwachsenden Kontinents*, Kevelaer, Topos, 2003, p. 57. J.H.H. WEILER, *Una Europa cristiana. Ensayo exploratorio*, Madrid, Encuentro, 2003, p. 40. Parecidos son los planteamientos, articulados sobre innumerables citas, de GIOVANNI REALE, *Raíces culturales y espirituales de Europa. Por un renacimiento del «hombre europeo»*, Barcelona, Herder, 2005.

6. UNA IDEA CRISTIANA DE EUROPA: FRATERNIDAD DE LOS CRISTIANOS, FRATERNIDAD DE LOS EUROPEOS

Hermanos e iguales entre sí por la naturaleza, todos los hombres son hijos de Dios en una perspectiva trascendente; esto fundamenta una fraternidad esencial del ser humano, revalidada en Cristo a través de la Redención. En la Iglesia, comunidad que es asamblea de los creyentes, son abolidas todas las trabas a una fraternidad efectiva mediante el bautismo: «Los que os habéis bautizado en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay ni judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús», dice san Pablo (*Gal 3, 27-28; Col 3, 11*). Se resumen aquí las principales formas de discriminación: por nacionalidad, por credo y por raza, por clase social y por sexo, todas ellas, de inmediata actualidad pues no han prescrito, según triste constatación diaria en los medios de comunicación.

La fraternidad cristiana es espiritual e invoca no sólo la noción de «prójimo», sino también la de «hombre hecho a imagen y semejanza de Dios» del *Génesis*, que enaltece la condición humana. El cristiano ve a Dios en su hermano que es un hombre igual a él mismo, hijo de Dios. «Ser cristiano es incorporar a Cristo con la consecuencia de que somos hechos "hijos en el Hijo"», mediante un proceso que es sacramental y también ético, afirma Ratzinger, al reflexionar sobre determinadas tesis

del Maestro Eckhart. Europa está falta de un proyecto ético, en muchos sentidos. ¿Qué se entiende por «ética de Cristo»?

«La ética de Cristo es esencialmente la ética del Cuerpo de Cristo. Supone, pues, necesariamente desprenderse del yo y unirse fraternalmente con todos los que están en Cristo. Y, como ética del desprendimiento, del auténtico abandonar-se, incluye necesariamente la fraternidad de todos los cristianos.»²⁸

Esta fraternidad no se presenta como una frontera, una demarcación excluyente y exclusiva, un «círculo de iniciados», por decirlo en términos coloquiales. Su misión es de propagación de la Palabra y de servicio, de *agapé* que comporta una dimensión sacrificial y sacramental, de donación y oblación, de transmisión del «don recibido».²⁹ El término *agapé*, frecuente en el Nuevo Testamento, indica el amor oblativo del que busca en exclusiva el bien del otro; la palabra *éros* señala el amor que anhela poseer lo que le falta y persigue la unión con el amado. Ambas formas de amor se dan en la relación de Dios con sus criaturas, pues éstas reciben del Padre todo cuanto tienen y, a su vez, Éste las ama con predilección asentada en su corazón: «el Todopoderoso espera el «sí» de sus criaturas como un joven esposo el de su esposa.» Adán simboliza el «no» del hombre ante el que la misericordia divina responde con el sacrificio del Hijo en la cruz. «En la cruz se manifiesta el *éros* de Dios por nosotros, «la fuerza que hace que los amantes no lo sean de sí mismos, sino de aquellos a los que aman», según refiere el Santo Padre del Pseudo-Dionisio Areopagita (*De divinis nominibus*, IV, 13: PG 3, 712). Cristo es la revelación máxima

del amor de Dios, un amor que es *éros* y *agapé*, que, en la cruz, se iluminan mutuamente.»³⁰ Dice así Benedicto XVI:

«Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo "piadoso" y cumplir con mis "deberes religiosos", se marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación "correcta", pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama.»³¹

La fraternidad cristiana se mira en Cristo como ejemplo, lo imita en su condición de Hijo del Padre, al que divisa en el hermano cada vez que éste asoma con su faz quizá menos amable y más doliente. La fraternidad cristiana se congrega y aún a para reforzar sus lazos internos y así convertirse en «hermana» de los «otros hermanos». De ese modo reviste una doble fraternidad, que actúa cual membrana ligera, elástica y permeable. Es entonces expresión de cohesión interior que se proyecta dinámicamente hacia fuera, inspirada para «transmitir al mundo la palabra de Dios acontecida en Cristo, dar testimonio público ante el mundo de la obra salvadora llevada a cabo por Dios públicamente, de manera que todo el mundo pueda percibirla».³² Y aquí Ratzinger vuelve a ser incisivo y profundo:

²⁸ «Mensaje del Santo Padre Benedicto XVI para la Cuaresma 2007» (<http://www.vatican.va>)

²⁹ BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, 18.

³² RATZINGER, *La fraternidad... op. cit.*, pp. 102-104.

²⁸ JOSEPH RATZINGER, *La fraternidad de los cristianos*, Salamanca, Si-gueme, 2004, pp. 63-75, cita p. 75.

²⁹ BENEDICTO XVI, Encíclica *Deus caritas est*, Madrid, Ediciones Palabra, 2006.

«Pero tiene que realizar este encargo con sacrosanta discreción. No puede pretender captar insidiosamente a los hombres usando simplemente la palabra sin que la entiendan. No tiene ningún derecho, por así decirlo, a embaucar a los hombres mediante la demagogia. Además tiene que aceptar que existan lugares en los que echaría a perder su palabra si hablara en ellos.»³³

Estas recomendaciones, unidas a la exhortación de Juan Pablo II en el sentido de «purificación de la memoria», son esenciales para que el diálogo entre los cristianos europeos sea, primero, posible, y luego fecundo. Igualmente lo son para el diálogo ecuménico, interconfesional e interreligioso, en sus diversos planos y grados de compromiso. Y además, dentro de una sociedad occidental crecientemente secularizada, por un lado, paganizante, por otro, y relativista y banal, en la mayoría de los casos, son particularmente necesarias. Debido a sus raíces cristianas, Europa es precisamente expresión de una «unidad en la diversidad». En ella, escisiones, cismas, reformas, sectarismos, han florecido a lo largo de siglos de grandes guerras e indecibles sufrimientos para los europeos, cegados por una instrumentalización perversa del discurso religioso, puesto al servicio de una política de violencia, injusticia, dominación y exterminio. Por eso Benedicto XVI predica el *agapé* como tarea principal de los cristianos, sobre la base de «el intercambio de destino con el hermano que yerra, para restituirle así la filiación y la plena fraternidad».³⁴ Frente a las religiones e ideologías del proselitismo y la propaganda, de la coerción y la violencia, la Iglesia católica está llamada a transmitir a todos un mensaje

de *salvación*, la mejor base para que Europa se asiente sobre los dos cimientos principales de una construcción íntegra: paz y justicia.

En parecidos términos, la idea de Europa de los «padres fundadores» se resume y condensa en este párrafo de Schuman:

«...que esta idea de una Europa reconciliada, unida y fuerte, sea desde ahora una contraseña para las jóvenes generaciones deseosas de servir a una humanidad por fin liberada del odio y del miedo, y que vuelva a aprender, después de largos desgarramientos, la fraternidad cristiana.»³⁵

³³ *Ibidem*, p. 104.

³⁴ *Ibidem*, p. 106.

³⁵

Cita literal de SCHUMAN, *Pour l'Europe* (p. 46), tomada de LEJEUNE, *op.cit.*, p. 234.

BIBLIOGRAFÍA CITADA
Y UTILIZADA

- ALMOND, G. y VERBA, S., *The Civic Culture*, Princeton, Princeton University Press, 1963.
- ARENDT, H., *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, varias reediciones, 3 volúmenes.
- BASTIAN, T., *Das Jahrhundert des Todes. Zur Psychologie von Gewaltbereitschaft und Massenmord*, Göttinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 2000.
- BENEDICTO XVI, *Encíclica Deus carissimus est*, Madrid, Ediciones Palabra, 2006.
- BLOCH, E., *El principio esperanza*, Madrid, Aguilar, 1979, 2 volúmenes.
- BRUGMANS, H., *Historia de la idea europea (1920-1970)*, Madrid, Moneada y Crédito, 1972.
- CAMUS, A., *Letras à un ami allemand*, París, Gallimard, 1972.
- CARACCILO, L. (ed.), *La democracia en Europa*, Madrid, Alianza, 1993.
- CORRAL, C., S.J., *La relación entre la Iglesia y la comunidad política*, Madrid, BAC, 2003.
- CORRAL, C., S.J., «La concepción de la Casa Común Europea, según Juan Pablo II» en *idem* (ed.), *La construcción de la Casa Común Europea. La perspectiva y aportación de la Iglesia*, Madrid, Universidad Pontificia de Comillas, 1994.
- De TOCQUEVILLE, A., *La democracia en América*, Madrid, Alianza, 1985, 2 volúmenes.
- DUVERGER, M., *La Europa de los hombres. Una metamorfosis inacabada*, Madrid, Alianza, 1994.

- ERNHARD, L., *Economía social de mercado. Su valor permanente*, Madrid, Rialp, 1994.
- JONAS, H., *Das Prinzip Verantwortung. Versuch einer Ethik für die technologische Zivilisation*, Frankfurt del Meno, Suhrkamp, 1984.
- GARCÍA PICAZO, P., *La idea de Europa: Historia, Cultura, Política*, Madrid, Tecnos, 2008.
- Idem*, «La unidad alemana, clave de la nueva arquitectura europea» en: *Noticias C.E.E.*, n.º 93, octubre de 1992, pp. 19-30.
- Idem*, «Willy Brandt: personaje y persona» en: *Tiempo de Paz*, n.º 29-30, otoño 1993, pp.112-121.
- Idem*, «Plenitud, conciencia y unidad: la personalidad cristiana de Europa» en: *VVA.A.*, Prolonguen nuestras manos la obra de Sus Manos. XV Jornadas de Patrimonio Cultural de los Religiosos Españoles, Madrid, CONFEP, 2007, pp.25-57.
- GARCÍA ROJO, E., *Edith Stein. Existencia y pensamiento*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1998.
- GROSSER, A., *Diez años de Alemania (1945-1954)*, Madrid, Artola, 1955.
- GUARDINI, R., *Damit Europa werde. Wirklichkeit und Aufgabe eines zusammenwachsenden Kontinents*, Kevelaer, Topos, 2003.
- IRIBARREN, J. y GUTIÉRREZ GARCÍA, J.L. (eds.), *Nueve grandes mentes*, Madrid, BAC, 1986.
- JACCARD, R., *La tentation nihiliste*, París, PUF, 1991.
- LEJEUNE, R., *Robert Schuman. Padre de Europa (1886-1962)*, Madrid, Palabra, 2000.
- MANNHEIM, K., *Ideología y utopía*, México, FCE, 1987.
- MARKOFF, J., *Olas de democracia. Movimientos sociales y cambio político*, Madrid, Tecnos, 1999.
- MARKUN, S., *Ernst Bloch, Reinbek bei Hamburg*, Rowohlt, 1977.
- MITSCHERLICH, A. y M., *Fundamentos del comportamiento colectivo. La incapacidad de duelo*, Madrid, Alianza, 1973 (*Die Unfähigkeit zu trauern. Grundlagen kollektiven Verhaltens*, Munich, Piper, 1988, reedición).
- RATZINGER, J., *La fraternidad de los cristianos*, Salamanca, Sígueme, 2004.
- Idem*, *El cristiano en la crisis de Europa*, Madrid, Ediciones Cristiandad, 2005.
- REALE, G., *Raíces culturales y espirituales de Europa. Por un renacimiento del "hombre europeo"*, Barcelona, Herder, 2005.
- SAN AGUSTÍN, *La ciudad de Dios*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1992, 2.ª edición.
- SANZ DE DIEGO, RAFAEL MARÍA, S.J., *Pensamiento social cristiano I*, Madrid, Universidad Pontificia Comillas ICAI-ICADE, 1991.
- SAVINIO, A., *El destino de Europa*, Barcelona, Bruynera, 1984.
- STEGMEIER, W., (ed.), *Europa Philosophie*, Berlín y Nueva York, Walter de Gruyter, 2000.
- STEIN, E., *Estrellas amarillas*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1992.
- Idem*, *Autoretrato epistolar (1916-1942)*, Madrid, Editorial de Espiritualidad, 1996.
- STERN, F., *The Politics of Cultural Despair. A Study in the Rise of the Germanic Ideology*, Berkeley, University of California Press, 1974.
- TRUYOL y SERRA, A., *La integración europea I*, Madrid, Tecnos, 1999.
- USCATESCU, J. (dir.), *Creadores de Europa*, Madrid, Ediciones de la Universidad Complutense, 1990.
- WEILER, J.H.H., *Una Europa cristiana. Ensayo exploratorio*, Madrid, Encuentro, 2003.
- WILKINSON, J.D., *La resistencia intelectual en Europa*, México, FCE, 1989.
- ZORGBBE, Ch., *Histoire de la construction européenne*, París, PUF, 1993.

INSTITUTO ROBERT SCHUMAN DE ESTUDIOS EUROPEOS
Universidad Francisco de Vitoria
Ctra. Pozuelo Majadahonda, km. 1,800
28223 Pozuelo de Alarcón (Madrid)
www.ufv.es
e-mail: instituto.schuman@ufv.es
Telf : (+34) 91 709 14 00 – Fax (+34) 91 351 17 16

Director del Instituto: Excmo. y Magco. Rector Sr. D. Daniel
Sada Castaño
Presidente: Prof. Dr. D. Clemente López González
Secretaría: Prof. D.ª Begoña Rodríguez Díaz
Vocales de la Junta de Gobierno:
— Prof. Dr. D. Vicente Garrido Rebolledo
— Prof. Dra. D.ª Patricia González Aldea
— D.ª Eva Ramón Reyero
— Prof. Dra. D.ª M.ª Concepción Rayón Ballesteros